

LA NIEVE.

La nieve es el adorno y el vestido de nuestros campos.—La predicación evangélica.—El pecado.—Cómo la nieve se cambia en lana.—La pureza.—María, nieve del Líbano.—Nuestra Señora de las Nieves.—La Iglesia.—La palabra de Dios.—Jesucristo.

I.

LOS vapores que elevándose de la tierra se condensan en el cielo, forman esas bellísimas nevadas que durante el invierno cubren nuestros campos. La nieve es para ellos una hermosa vestidura, que abriga las simientes al tiempo de nacer, como bajo los pliegues de un manto, siguiendo la expresión del Salmista, que dice: "Dios ha derramado la nieve como copos de lana. *Dat nivem sicut lanam.*"¹ Pero bien pronto, bajo la influencia del dulce calor de los rayos del sol, la nieve se derrite y corre en abundantes aguas que fertilizan la tierra.

II.

Interpretando San Gregorio aquellas palabras de Job, "¿quién ha mandado á la nieve que descienda sobre la tierra sino Dios?"² nos explica de una manera admirable los símbolos que están ocultos en este fenómeno de la naturaleza: oigámosle.

"Esas aguas que se condensan en el cielo para formar la nieve, nos figuran á los predicadores de la divina palabra, que elevándose hácia las cosas "de lo alto, se afirman adquiriendo una sólida virtud por el contacto del "Espíritu Santo."

"Mas desde la altura de sus contemplaciones los hace descender hasta "nosotros la fuerza de la caridad fraternal, haciendo que sus palabras cai-

1 Ps. CXLVIII, 16.

2 Job. XXXVII, 6.

gan sobre la tierra como una lluvia de nieve cuando predicán humildemente el Evangelio á los pequeñuelos y á los pobres. "Mientras la nieve permanece compacta, cubre y abriga la tierra, pero cuando comienza á derretirse, riega los campos. Lo mismo sucede con los Santos; por la inalterable firmeza de su virtud, protegen cerca de Dios la vida de los pecadores; pero también saben apiadarse de sus miserias, y entónces vienen á ser como una agua bienhechora que los riega y los hace producir buenos frutos. Nunca se olvidan de que si la misericordia divina los ha elevado sobre sus hermanos, tienen con ellos un mismo origen, lo mismo que las aguas del cielo que no caen ni fecundan la tierra, sino despues de haberse elevado los vapores de su propio seno."

"El Apóstol San Pablo—continúa hablando San Gregorio—no fué en sus principios sino como uno de esos vapores terrestres mientras permaneció ligado á las observancias de la ley; pero arrebatado como fué hasta el tercer cielo, vino á ser tan sólido como la nieve: él cambió entónces una sabiduría toda carnal y terrena por la inteligencia clara de las verdades divinas, y sin embargo, no se elevó á tanta altura, sino para volver á descender humildemente hácia sus hermanos, para obligarlos, defenderlos y hacerlos fecundos como una nieve bienhechora."¹

III.

En la estación del invierno es cuando la nieve cubre nuestros campos.

"El invierno—dice San Gregorio—es la imagen de la vida presente donde á pesar de las esperanzas que nos llevan hácia el cielo, un frío entorpecimiento nos encadena aquí abajo, se apodera de nuestras almas y las tiene cautivas. En lugar de aquel amor ardiente que debería abrasar nuestra vida, sentimos que la caridad se va resfriando cada día más y más en nuestro corazón, y que llega á verse envuelto por la nieve como con una capa gruesa y fría. ¡Oh! ¡Entónces, cuidémonos! Donde la caridad se resfria, abunda la iniquidad—dice Jesucristo—² y entónces la nieve viene á ser el símbolo del corazón adormecido con el frío del pecado.

"También simboliza aquel grito de la mujer fuerte, que es la imagen del alma fiel que supo resguardar su casa de los rigores del frío."³

Yo, Señor, quiero ser como el alma fiel, quiero conocerme y librar mi corazón de los fríos de una helada. Y ¿cómo lo calentaré si no es con el fuego de vuestro amor....?

IV.

Mas he aquí que el Rey Profeta me enseña que el Señor sabe comunicar á la nieve misma el calor de la lana. "*Dat nivem sicut lanam.*"⁴

1 S. Greg. Moral. XXVII, 24.

2 Mat. XXVI, 12.

3 Prov. XXXI, 21.

4 Ps. CXLVII, 16.

Escuchemos á San Agustín: "Cuando se resfría la caridad en el corazón del hombre, su naturaleza enferma viene á sucumbir como bajo el peso de una abundante nevada. Mas al corazón entumecido con este hielo, solo una gracia singular puede transformarlo; porque ciertamente, solo Dios cambia entónces esa nieve congelada, haciendo de ella al instante una lana preciosa para su abrigo; este abrigo ó esta lana es la "Iglesia." ¹

"¡Obrad así conmigo, oh Señor! y puesto que por no haber sabido fortalecerme contra los rigores del frío se ha helado mi pobre corazón, ¡haced en mí esa asombrosa mudanza! En lugar de la nieve, dadme la lana; y que al frío entorpecimiento de mis culpas venga á suceder el dulce abrigo y el calor de vuestra misericordia, que no se halla más que en la Iglesia." ²

V.

Acabamos de decir que el frío de la nieve es la imagen del resfrío de nuestros corazones; veamos ahora cómo el brillo y la blancura de la nieve nos figuran la pureza y el candor del alma. "Aun cuando vuestras iniquidades—dice el Señor por boca del Profeta Isaías—os hubieren enrojecido como la púrpura, podéis llegar á emblanqueceros tanto como la nieve." ³ En este sentido dirigía sus oraciones al Señor el Santo Rey David, diciéndole: "Me lavareis y quedaré más blanco que la nieve." ⁴

En un hermoso día de invierno vuestros ojos se fijan en las extensas llanuras cubiertas de nieve: este espectáculo nos arropa y conmueve. Verdad es que la naturaleza está despojada de sus hojas y de sus flores, pero la hermosísima blancura que la engalana, nos habla en un lenguaje lleno de encantos, simbolizándonos la hermosura de su pureza.

Elevemos nuestras almas hácia Dios, pidiéndole para ellas aquella blancura sin mancha con que resplandece la nieve.

VI.

¿Y cómo la nieve que es el símbolo de la pureza, no nos recordará á María?

Hay montañas elevadísimas que nunca dejan de estar coronadas de nieve. "¿Por ventura—pregunta Jeremías—falta nieve en el Líbano?" ⁴

¿Y no sois Vos, oh María, á quien el pecado nunca manchó, pues vuestra blancura es singular y purísima, la que desde las alturas del Líbano

¹ In Ps. CXLVII, 23.

² Isai. I, 18.

³ Ps. L, 9.

⁴ Jerem. XVIII, 14.

fuisteis llamada por el Señor para ser coronada en los cielos? ¿A quién mejor que á María nos figura esa perpétua nieve de la montaña del Líbano?

Una tradición piadosa nos enseña que, en tiempo del Papa Liborio, dos esposos de gran piedad que vivían en Roma, hicieron voto de legar su herencia á la Santísima Virgen, y que en la época de los más ardientes calores del estío, en una de las primeras noches del mes de Agosto, caía la nieve en abundancia sobre una parte del monte Esquilino, y que esa misma noche apareció en sueños la Madre de Dios á tan ilustres personajes, diciéndoles: "que era voluntad suya se le edificase un templo para su culto sobre el mismo lugar que encontraran ocupado por la nieve en aquel monte." En efecto, el templo se construyó y aun todavía la fiesta de su dedicación, que lleva el título de "Nuestra Señora de las Nieves," recuerda á la cristiandad que la nieve es uno de los símbolos de la pureza de María.

VII.

Cuenta el Evangelio que cuando Jesucristo se transfiguró en el Tabor, sus vestidos aparecieron tan blancos como la nieve. ¹

San Agustín nos ha enseñado que esta vestidura de nieve de Jesucristo, no significaba otra cosa que la Iglesia, de la que se habla en el Cantar de los Cantares, diciendo: "¡Qué hermosa eres, amiga mía; no hay en tí la menor mancha!" ²

Pero San Ambrosio, interpretando la escena del Tabor, compara esta vestidura de nieve á la divina palabra que envuelve como con un vestido la inteligencia infinita y cuyas dulces enseñanzas descienden suavemente á nuestros corazones, como caen los ampos de la nieve en la tierra para abrirla y hacerla fecunda. ³

¡Señor Jesús!—Exclamaré yo aquí con el mismo padre.—¡Haced que brille en la oscura tierra de mi corazón el esplendor de esa nieve celestial. Volvedle esa blancura de la nieve sin rehusar su dulce refrigerio al ardor de mis pasiones!

¹ S. Mat. XVI, 2.

² Cant. IV, 7.

³ S. Ambr. Com. lib. in Luc. cap. II.

Hubo un tiempo en que nuestra vida cristiana corria delante de nosotros como una agua purisima avanzando cada dia más en los caminos del Señor y de sus mandamientos con inexplicable felicidad. " Pero cuando " corriamos tambien ¿quién impidió nuestra carrera para no seguir la ver- " dad como dice el Apóstol? *Currebatis bene; quis vos impeditit veritati* " *non obedire?*"¹ Un pensamiento de orgullo, un placer vano, ó una ten- tación culpable pasaron sobre nosotros como un soplo fuerte de invierno y quedaron heladas nuestras almas.

II.

¿Cuántas veces, oh Señor, no podrá derretirse ese hielo, y no podrá vol- verse á liquidar esa agua congelada? Si—me responde el Autor del Ecle- siástico.—" Dios puede restablecernos en la justicia y nuestros pecados se " derretirán como el hielo en un dia sereno."² Su Espíritu soplará sobre " nosotros, como dice David, y correrán las aguas. *Flavit spiritus ejus et* " *fluent aquæ.*"³

Comentando estas palabras, San Agustin nos enseña : "que ese soplo es " el viento abrasador del Medio dia, del cual hablaba el Profeta Rey cuan- " do dijo : " *Cambiad, Señor, nuestro cautiverio : que sea pronta nuestra li- " bertad, como el curso del torrente cuando sopla el viento del Medio dia.*"⁴ " Jerusalem cautiva en Babilonia era semejante á una agua helada ; pero " vino el viento del Medio dia, sopló sobre ella, y rotos los grillos de su cau- " tiverio, volvió á seguir su curso impelida por el fuego del amor."

¡Soplad sobre nosotros, oh Espíritu de Dios, y se derretirán los hielos de nuestras almas, y quedarán convertidas en impetuosos torrentes, cuyas aguas saltarán hasta la vida eterna.

1 Gal. V, 7.

2 Eccli. III, 17.

3 Ps. CXLVII, 7.

4 Ps. CXXV, 4.

1 S. Greg. Dial. I. 4. cap. 13.

2 S. Juan I. 5.

3 S. Aug. Conf. adv. Iac. et Prop. lib. I. c. 7.

EL HIELO.

El pecado.—El hielo al principio es agua.—Los judíos.—El hielo se derrite al soplo del espíritu de Dios.

I.

CUANDO es muy crudo el invierno en nuestras comarcas, detiene la corriente de los grandes rios y de los arroyos, cangelando la superficie de sus aguas y transformándolas en hielo.

Así tambien, cuando el pecado ha hecho perder á nuestras almas el dulce calor de la divina gracia, éstas se embotan en el entorpecimiento de sus potencias : el frio las embarga y las contrae endureciéndose de tal manera en el mal, que vienen á ser semejantes al hielo.

El hielo es, pues, lo mismo que la nieve, simbolo del alma pecadora, pero un simbolo de tal naturaleza, que nos hace comprender mejor la transformación que se efectúa en el alma pasando de la vida de la gracia al estado de la culpa. El alma que ha sido hecha cristiana, era justa y amiga de Dios ántes de cometer el mal, como el agua era líquida, ántes de helarse.

Esta explicacion simbólica sugerida por San Gregorio la aplica el mismo Santo al pueblo judío, diciendo : " Que durante el tiempo en que los " judíos permanecieron en buen camino por la observancia de la ley, por " los sacrificios y las enseñanzas misteriosas de los Profetas, estaban dóci- " les á las penetrantes inspiraciones de la gracia : pero cuando vino el Sal- " vador de los hombres, sus corazones se endurecieron por efecto de un " odio pérfido, perdieron su primitivo fervor y su antigua caridad, quedan- " do entónces semejantes al hielo."¹

¡Ay de mí! ¿Y quién de nosotros, oh Dios mio, no ha sentido reproducirse dentro de sí mismo este fatal endurecimiento?

1 Moral. lib. XXIX, cap. 28-30.

Hubo un tiempo en que nuestra vida cristiana corría delante de nosotros como una agua purísima avanzando cada día más en los caminos del Señor y de sus mandamientos con inexplicable felicidad. Pero cuando "corrimos también y quisimos infundir nuestra carrera para no seguir la voz "dad como dice el Apóstol; Guardados deus; que nos impedían correr "non obediunt? Un pensamiento de orgullo, un placer vano, ó una tan- tación culpable pasaron sobre nosotros como un soplo fuerte de invierno y quedaron hechas nuestras almas

II LA LUZ.

Que la luz sea.—Dios es luz.—Él crió la luz.—Los Angeles.—La razon, la gracia y la gloria.—Jesucristo es luz.—La Iglesia.—Los Apóstoles.—Los fieles.—Obras de la luz.—Armas de la luz.—Frutos de la luz.—Llegaremos á ser luz en el Señor.

Comentando estas palabras, San I. Agustín nos enseña: "que ese soplo es "el viento abrasador del Medio día, del cual hablaba el Profeta Rey cuando dijo: "Cambiad, Señor, nuestra constitución: que sea pronta nuestra "terrestre constitución. Su Espíritu soplará sobre nosotros, como el viento en un día sereno. Su Espíritu soplará sobre "nosotros, como dice David, y correrán las aguas. Plantá spiritus que n "sunt aqua."

Comentando estas palabras, San I. Agustín nos enseña: "que ese soplo es "el viento abrasador del Medio día, del cual hablaba el Profeta Rey cuando dijo: "Cambiad, Señor, nuestra constitución: que sea pronta nuestra "terrestre constitución. Su Espíritu soplará sobre nosotros, como el viento en un día sereno. Su Espíritu soplará sobre "nosotros, como dice David, y correrán las aguas. Plantá spiritus que n "sunt aqua."

LA primera palabra pronunciada por Dios despues de haber creado el cielo y la tierra, fué esta: "Que la luz sea."

La luz no fué, pues, destinada solo para ser el primero y el más rico tesoro de la naturaleza, sino que vino á servir con el tiempo como de un brillante símbolo con que Dios iluminará el espíritu del hombre.

Los Santos que han comprendido mejor que nosotros los inefables secretos de la Divinidad, han tenido tambien una inteligencia más profunda de aquellas relaciones creadas por su Omnipotencia entre lo visible y lo invisible; de aquí resulta que nosotros admiramos muy frecuentemente en la historia de sus vidas, ciertos y delicados afectos que se posesionaban de su corazon, contemplando los objetos de la naturaleza.

San Gregorio cuenta en sus Diálogos que una piadosa Señora romana nombrada Agalla, amaba de tal manera la luz, que temia y se espantaba aun de las tinieblas naturales; por eso de noche queria que permanecieran ardiendo dos bujías en su alcoba como para tener constantemente delante de sí la imagen de la luz espiritual.

II.

"Dios es luz—dice San Juan—luz sin mezcla de tinieblas." Él es la luz y Él la ha creado. Mas oigamos á San Agustín, hablándonos sobre esto.

1 S. Greg. Diál. I, 4 cap. 13.
2 S. Juan I, 5.
3 S. Aug. Con. odv. Leg. et. Proph. lib. I, c. 7

011828

"Una es la luz que es Dios, y otra la luz que Dios ha creado." Desde la eternidad Dios es luz, y toda luz viene de Él; pero la que ha creado es de dos especies; una corporal y otra espiritual.

La corporal brilla á nuestros ojos é ilumina al mundo: viniendo á ser, por lo mismo, un símbolo de aquella luz espiritual que Dios ha distribuido á los ángeles primero, y despues á los hombres: y como la Escritura no indica el momento de la creacion de los Angeles, cree desde luego el mismo Santo Doctor, que su existencia tuvo principio al decir Dios estas palabras: "Que la luz sea:" tanto así se confunde la naturaleza angélica con el símbolo que nos la representa.

III.

No solo á los ángeles ha concedido Dios la luz espiritual é invisible, el hombre participa de ella igualmente. ¿Cómo se la ha comunicado Dios? De tres modos diferentes, que pueden servir como otras tantas gradas de ascension para elevarnos á Él.

Al principio dió al hombre la luz de la razon, que lo distingue del bruto, la que hace que pensemos, que juzguemos, que comparemos y percibamos la verdad. Esta luz primitiva basta para hacernos conocer á Dios, y si no hubiéramos sido creados mas que para alcanzar este conocimiento ministrado por la razon, jamás hubiéramos participado de ningun otro destello de la luz divina para aumentarla. Pero no es así: el hombre fué creado, segun nos enseña la fé, para un fin mucho más elevado, que pasa y deja al último y muy lejos todos los límites de la humana naturaleza.

Ver á Dios y contemplarle cara á cara, he aquí el destino de la humanidad. Oigamos al Doctor Angélico:

"Así como el ave nocturna—nos dice el Santo—á causa de la debilidad de sus ojos no puede soportar la claridad del día, así tambien el hombre á causa de la pequeñez de su razon, no puede contemplar el esplendor de Dios. Para contemplar su luz infinita, necesita indispensablemente de la misma luz de Dios. Esta es la expresion del Profeta Rey, cuando dice: "In lumine tuo, videvimus lumem." "Veremos la luz en tu luz." Esta luz es la de la gloria que ilumina á los escogidos en el cielo."

Además—sigue diciendo el Santo—"que así como entre las tinieblas de la noche y el brillo de un día hermoso hay luces intermedias que son las del crepúsculo y de la aurora, de la misma manera, para acostumbrar Dios al hombre é iniciar poco á poco sus débiles ojos á la grande y perfecta luz con que debe iluminarlo en determinado dia, comienza desde este mundo por añadir á la razon humana una segunda luz que lo pone en relacion con las verdades de un orden superior á su naturaleza. Esta luz es la

1 Aug. de Gen. ad. lit. imp. lib.
2 Ps. XXXV, 10.
3 Sum. theol. 1 par.
4 Ibidem.

de la gracia, luz de fé y de amor; lámpara brillante y abrasadora que ilumina el espíritu y calienta el corazón.”

Por lo mismo, podemos decir con verdad, que en el hombre hay tres participaciones diferentes de la divina luz: la de la razón, la de la gracia y la de la gloria.

¡Oh hombres! ¡Comprended vuestra dignidad! Dios no ha abierto vuestros ojos como los del bruto para haceros gozar solamente de la luz visible; esta no es más que la sombra y la figura de la luz increada que es el mismo Dios, quien os ha dado el ser que tenéis con el fin de contemplarla. Él os ha trazado las huellas luminosas por donde podáis uniros á Él; os ha elevado de luz en luz, y os va iluminando más y más á proporcion que os vais acercando á su divina claridad; y finalmente, cuando en su luz veáis su luz cara á cara, entónces será también cuando llegareis al fin de vuestro eterno destino.

IV.

Pero ninguna criatura del cielo ni de la tierra participa de la luz divina sino por la mediación de Jesucristo.

San Juan nos enseña desde el principio de su Evangelio que, “el Verbo Divino es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.”¹ Y además, Jesucristo dijo expresamente de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo.”² Su venida fué anunciada por el Profeta Isaías³ en estos términos: “El pueblo que habitaba en las tinieblas ha visto una gran luz.” Y finalmente, el anciano Simeon⁴ antes de morir contempló esta luz que se revelaba á los gentiles; y teniéndose por feliz con haber visto al Salvador, no deseó ni le pidió otra cosa alguna.

V.

Jesucristo, que es la luz, como acabamos de ver, la derrama al rededor suyo por medio de sus palabras y de sus ejemplos, difundiéndola en la serie de los siglos por el ministerio de su Iglesia, comparada por Él mismo á una luz colocada en el candelero.⁵

Los hombres que escogió para sus Apóstoles, recibieron de su boca el nombre que Él mismo tenía, cuando les dijo: “Vosotros sois la luz del mundo.”⁶ Con esta diferencia dice San Agustín: “Que Él solo es la luz por esencia, y que los hombres no la tienen de sí mismos sino como una

1 Joan I, 7.
2 Joan VIII, 12.
3 Isai. IX, 2.
4 Luc. II, 32.
5 Mat. V, 15.
6 Mat. V, 14.

“participacion de su bondad.” “Por esto—agrega el Santo Doctor—en “la Divina Escritura se compara ordinariamente á los Profetas con las “lámparas que no brillan sino al reflejo de otra luz.”¹ Juan Bautista por ejemplo, no era la luz, pero vino á dar al mundo testimonio de ella; y por eso Jesucristo le llamaba: “una antorcha que ardía é iluminaba. *Ille “erat lucerna, ardens et lucens.”*²

Todos, en tanto que somos cristianos, participamos de la luz de Jesucristo; ó siguiendo la expresion de San Pablo,³ “somos los hijos de la luz.”

VI.

Podemos decir que la Escritura Santa aplica igualmente el símbolo de la luz á todo el conjunto de las obras en la vida cristiana. Por lo que nuestras obras deben ser obras de luz que brillen á los ojos de Dios y delante de los hombres, para que todos glorifiquen á nuestro Padre celestial que está en los cielos.⁴

Por esto también las armas con que hemos de combatir á nuestros enemigos, se llaman por el Apóstol San Pablo: la armas de la luz.”⁵ Lo que significa, segun el Doctor Angélico, que debemos revestirnos de las virtudes más principales que propiamente se comparan con las armas, puesto que nos defendemos con ellas y se llaman de la luz, porque la luz divina las hace brillar en nuestras manos haciéndolas perfectas.⁶

En fin, los frutos que recojeremos serán de luz, como dice el Apóstol San Pablo, si practicamos la bondad, la justicia y la verdad.⁷

¡Oh Jesus! ¡Vos sois la luz del mundo y no puedo acercarme á Vos sin sentir vuestra divina influencia: haced, Señor, que se realice en mí el deseo de vuestro grande Apóstol, cuando decía á los fieles de su tiempo: “llegad “á ser luz en el Señor.”⁸ Haced, en fin, que mi vida sea luz, y que en su clara vision pase los siglos de la eternidad!

1 Aug. in Joan, trat. IV.
2 Joan V, 35.
3 Thessal, V, 5.
4 Mat. V, 16.
5 Rom. XIII.
6 Com. D. Thomæ. in Epis. ad Rom.
7 Ephes. V, 8.
8 Ephes. V, 8.